

HIGINIO MARÍN

AGORAFILIA

(Apuntes para una nueva era)



Libros Canto y Cuento

ÁGORA Y CLAUSTRO

LOS constantes confinamientos y las restricciones sociales están dejándonos entender hasta qué punto necesitamos de un lugar donde volver y reposar, pero también de espacios abiertos a los que poder salir libre y comunicativamente. La profundidad de las tendencias *agorafílicas* del corazón del hombre se nos han hecho más evidentes.

Hay, podríamos decir, una *agorafilia* física y nerviosa, de naturaleza elemental pero no desdeñable. Es la más o menos imperiosa necesidad de salir y no estar recluido entre un techo y unas paredes. En estos casos se trata, más bien, del reverso de sentimientos claustrofóbicos producto de reclusiones prolongadas o empeñadas en trabajos.

Pero hay otra *agorafilia* que es una inclina-

ción más genuina y tira de nosotros con la fuerza de las necesidades elementales, pero con el apetito de las esenciales. Es también la necesidad de salir, pero no a espacios simplemente abiertos. Es, más bien, el apetito de vida en común en lugares también comunes con otros muchos, próximos e íntimos algunos, pero también simplemente conocidos, vecinos e incluso desconocidos con los que coincidir en un asunto u otro.

Desenvolverse en una red de relaciones de las que uno forma parte significativamente es, en muchos sentidos, tanto como estar realmente vivo y experimentarlo. Seguramente forma parte de lo que querían señalar los clásicos cuando dijeron que el hombre es un ser sociable por naturaleza. Sin embargo, lo que expresó el pensamiento griego en su forma más célebre fue, literalmente, que el hombre era un «zoon politikón», un animal político, o, más libremente, un animal de la *polis*, de la clase de sociedad política que fueron las ciudades estado.

Para el mundo antiguo, la expresión ‘animal político’ tiene, entre otros, el mismo sig-

nificado que, por ejemplo, ‘animal acuático’. Así como los peces fuera del agua no existen con la forma de vida del pez, tampoco fuera de la sociedad política existen hombres vivos, no al menos con la forma de vida del hombre. El paralelismo puede parecer extremado, pero, a mi juicio, es exacto para entender el mundo antiguo y guarda un secreto para comprender la libertad y las sociedades humanas.

Obviamente, los griegos no desconocían que muchos hombres, la mayoría en realidad, vivían formando tribus fuera de ciudades organizadas políticamente. Pero no estimaban esas formas de vida, que les parecían ocupadas en la consecución de lo necesario para la supervivencia, más o menos holgada. En cambio, tenían la ciudad como el espacio donde el hombre podía erguirse y dirigir la mirada al horizonte inmenso del desarrollo y perfeccionamiento de lo humano, sin quedar encerrado en las necesidades que compartimos y nos confunden con los demás animales.

No deja de sorprender que ese horizonte inmenso se abriera precisamente en la ciudad acotada por las murallas y vuelta hacia el

interior de un enclaustrado espacio abierto, el ágora, la plaza. Pero la sorpresa permite entender que se trataba de un espacio físico limitado en el que cabía toda la inmensidad de lo humano, su ejercicio y discusión. Al otro lado de esos límites quedaba la vastedad de lo que estaba fuera de la «civitas» -por decirlo en latín-, y, por tanto, de lo cívico y civilizado.

Así que era el espacio delimitado de la ciudad y la vida en su interior lo que introducía en la ilimitada extensión de la perfección de lo humano. Desde esa perspectiva puede entenderse que siglos después el monacato medieval fuera, entre otras cosas, una reactualización de la *agorafilia* clásica mediante una explícita *claustrofilia*. El amor a la vida enclaustrada era una forma intensa de amor a la libertad humana y su ejercicio, lo que para aquellos hombres significaba también dejar de mirar las necesidades humanas y volver los ojos hacia otro espacio interior en el que cabía todo: el alma humana en la cercana presencia de Dios. Los claustros monásticos son la arquitectura de esa espiritualidad que, junto con el civismo grecolatino, están en

la ascendencia genealógica de la ciudadanía europea y occidental: ágora y claustro.

Esa síntesis se urbanizó con la fundación de las universidades, en cuyos claustros la preocupación por lo más universal tomaba la forma de vidas recluidas mediante el estudio en esas ágoras sin orillas que son las bibliotecas. Si se piensa bien, el lector encerrado en los estrechos límites del libro es una encarnación de ese impulso de amplitud logrado mediante cierta reclusión. La multiplicación mecánica de los libros permitió desarrollar los nuevos hábitos del lector silente cuyo acceso a los textos ya no se reducía a las lecturas públicas. La religión, la cultura y la política europeas se transformaron lentamente a través de esa paradójica soledad del sujeto moderno de ascendencia claustral. Todo lo anterior tomó finalmente forma en los ideales modernos y su aspiración a una ciudadanía crítica e ilustrada.

No les falta razón a los que aducen que las plazas se han convertido en centros comerciales, la participación en consumo, y el texto en el predominio visual de las pantallas, tan claustrales como los libros, pero con orillas

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Ágora y claustro.....	11
-----------------------	----

I

LA COSA PÚBLICA

Demócratas secuaces.....	23
La enfermedad nacional.....	33
Política a demanda.....	41
<i>Bellocracia</i> y ventriloquia.....	49
Tener o no tener oficio.....	57
Un país <i>facóquero</i>	63
Neofanatismo.....	71
La identidad del eco: el feminismo.....	79

II

USOS, ABUSOS Y COSTUMBRES

La verdad: bien público.....	91
La felicidad y la apoteosis del Estado	99
La estatalización del deseo.....	109

La juventud como paradigma.....	119
Antropología monstruosa.....	129
Altura y altivez.....	137
Estómago y cerebro.....	145
La universidad fallida.....	153
Estudiantes y estudiosos.....	161

III

¿QUÉ HAY DE NUEVO?

¿Qué hay de nuevo?.....	175
La fragilidad.....	183
Lo virtual y lo corporal.....	191
Por piedad.....	201
La ocultación de la muerte y del muerto.....	209
La muerte que no queremos ver.....	217



De este libro de Higinio Marín se hicieron 200 ejemplares. Se terminó de imprimir el 2 de mayo de 2021 bajo el cuidado de José Mateos.